

Tu obra es un bien para todos

Asamblea General
de la Compañía de las Obras

Milán, 22 de noviembre de 2009



Compañía
de las Obras

Revisión y diagramación: Compañía de las Obras Venezuela
Impresión: Lithopress Servicios Gráficos
Febrero de 2010 – Compañía de las Obras

Reservados todos los derechos.

Índice

Introducción

Bernhard Scholz

Presidente de la Compañía de las Obras

5

Intervenciones

Julián Carrón

Presidente de la Fraternidad de Comunión y Liberación

7

Giorgio Vittadini

Presidente Fondazione per la Sussidiarietà

15

Conclusiones

Bernhard Scholz

Presidente de la Compañía de las Obras

25



Introducción

Bernhard Scholz

Presidente de la Compañía de las Obras

En la audiencia con los artistas que se realizó ayer en Roma en la Capilla Sixtina, el Santo Padre Benedicto XVI dijo: “Si aceptamos que la belleza nos toque íntimamente, nos hiera, nos abra los ojos, entonces redescubrimos la alegría de la visión, de la capacidad de aferrar el sentido profundo de nuestro existir, el Misterio del que somos parte y del que podemos sacar la plenitud, la felicidad, la pasión del empeño cotidiano”. Esta es la razón por la que nunca renunciaremos a iniciar nuestras asambleas con unos cantos y buscar en nuestro trabajo la belleza.

¡Buenos días a todos y bienvenidos a nuestra Asamblea General!

Están presentes entre nosotros participantes de los 17 países donde la CDO tiene una sede. Hay muchas personas, tanto en Italia como en el extranjero, que nos siguen en directo y que nos seguirán, sobre todo en América, en diferido.

Saludo de modo particular a los miembros del Parlamento Europeo, de la Cámara de Diputados, a los representantes de las Regiones, de los Ayuntamientos, de las Universidades y de las Cámaras de Comercio.

Estoy muy agradecido con Julián Carrón y Giorgio Vittadini por haberse adherido a nuestra invitación de sostenernos en nuestro intento de construir una vida social verdadera, y por lo tanto más bella y más solidaria.

“*Tu trabajo es una obra*”: durante todo el año pasado nos hemos comparado con este tema introducido en la Asamblea General de 2008.

Hemos tomado mayor conciencia de la dignidad de nuestro trabajo y del trabajo de nuestros colaboradores.

En una situación donde la crisis financiera ha comenzado a incidir fuertemente sobre la economía real, hemos hecho la experiencia de que cada gesto tiene un valor, construye, es positivo.

Todos trabajamos para conseguir resultados, pero el hecho de no alcanzarlos no es un veredicto sobre nuestra persona. Vivido con un criterio ideal, cada movimiento, incluso el más pequeño, se convierte en un paso hacia una positividad y afirma el valor infinito de la vida misma. De hecho, una alegría última, incluso en la derrota, es el testimonio de una humanidad capaz de abrazarlo todo.

Y así -justo en estos meses caracterizados por la crisis económica- hemos redescubierto el significado del trabajo como expresión de la persona, del propio deseo de construir y de contribuir al bien de la propia familia, de los colaboradores, del territorio en el que vivimos.

Nos ha sido posible redescubrir el valor de nuestras obras, de nuestras empresas, de nuestros estudios profesionales, de nuestras cooperativas, de nuestras escuelas, de nuestras pequeñas o grandes iniciativas, y no sólo como un valor en sí mismas, sino como un valor que concierne a otros, a muchos otros, directa o indirectamente implicados.

“Tu obra es un bien para todos”: este es el título de la Asamblea de este año y nace de una experiencia que nos pide ahora ser profundizada. Vivimos en un tiempo donde todo parece estar dominado por un individualismo que busca cada vez más explotar, de modo utilitarista, al mundo que le rodea. Cuando esta actitud crea fricciones o grietas, bien en la vida privada bien en la pública, estamos obligados a recurrir a las normas de una llamada “ética” para contener sus consecuencias.

Al mismo tiempo, sin embargo, vemos que existe entre nosotros y en muchas otras personas que encontramos, una tensión positiva para ponernos juntos para afrontar los desafíos de la vida. En la crisis, en efecto, han surgido muchos ejemplos de responsabilidad solidaria: quien ha reinvertido su capital privado para evitar despidos, quien ha seguido adelante con su empresa habiendo podido vender o cerrar, quien ha establecido una colaboración con otras empresas para afrontar juntos los problemas del mercado, y quien, simplemente pero heroicamente, ha continuado su obra luchando día tras día con tenacidad y creatividad por su supervivencia.

Pese a la dureza del compromiso exigido, han sido experiencias positivas de una humanidad más verdadera, más digna, más plena, incluso cuando no se ha logrado encontrar una solución completa a todos los problemas.

De aquí nace la pregunta que hemos planteado a Julián Carrón: sentimos la necesidad urgente de tomar una mayor conciencia del origen de esta tensión ideal para poder continuar con más certeza, con más libertad y con más paz en esta experiencia. ¿Cómo volver experiencia cotidiana lo que a menudo parece ser una lucidez de juicio ligada a circunstancias excepcionales?

Julián Carrón

Presidente de la Fraternidad de Comunión y Liberación

1. En estos tiempos de crisis percibimos como nunca la verdad del lema que han elegido como tema de su encuentro anual: «Tu obra es un bien para todos». Y esto lo comprenden mejor que nadie los que se han visto más afectados por la crisis, sus familias, sus hijos.

Tratar de mantener en pie una obra en estos tiempos es algo verdaderamente arduo. Ustedes lo saben bien, pues se debaten entre seguir construyendo este bien o tirar la toalla y cerrar. La tentación del individualismo está siempre al acecho. La insidia del “sálvese quien pueda” hoy es más fuerte que nunca.

Para muchos de ustedes sería más cómodo. Se ahorrarían no pocas preocupaciones. Pero, a pesar de todo, no se han encerrado en ustedes mismos, olvidándose de los demás. De esta forma han vencido el individualismo del que hablaba Bernhard Scholz. Pero como la tentación permanece, es necesario tener razones que nos ayuden a resistir. Esta quiere ser la finalidad de mi contribución. Paradójicamente, la crisis puede convertirse en una ocasión para poner cimientos más sólidos en las obras que están construyendo, adquiriendo mayor conciencia de las razones que las sostienen.

2. El individualismo es un intento de resolver los problemas tan viejo como el hombre, el cual implica la relación entre el propio bien y el bien ajeno, la tensión entre “yo” y comunidad. El hecho de no vivir solos, de hallarnos siempre dentro de una comunidad, nos obliga a decidir continuamente la forma de afrontar esta paradoja.

Estamos llamados a vivir este desafío en un contexto cultural que ofrece una respuesta a la tensión citada: el individualismo.

Por decirlo con una frase: yo alcanzo mejor mi bien si prescindo de los demás. Más aún: el individualista ve en el otro una amenaza para alcanzar el objetivo de su propia felicidad. Todo esto se puede resumir en la expresión que define la actitud propia de esta mentalidad: *homo homini lupus*.

Pero diciendo esto, la modernidad se muestra incapaz de ofrecer una respuesta exhaustiva, es decir, capaz de contemplar todos los factores que están en juego. De hecho, la concepción individualista resuelve el problema eliminando uno de los polos de la tensión. Y una solución que debe eliminar uno de los factores en juego, simplemente no es una verdadera solución.

La petición cada vez más insistente de reglas muestra hasta qué punto este planteamiento es equivocado. Cuanto más se concibe al otro como un enemigo potencial, tanto más se pone de manifiesto la necesidad de una intervención exterior para gestionar los conflictos. Esta es la paradoja de la modernidad: cuanto más fomenta el individualismo, tanto más obligada se ve a multiplicar las reglas para controlar al “lobo” potencial que cada uno de nosotros podría llegar a ser. El fracaso clamoroso de este planteamiento está hoy a la vista de todos, a pesar de los intentos por esconderlo. Nunca habrá reglas suficientes para amaestrar a los lobos.

Este es el resultado tremendo que se obtiene cuando todo se basa sobre la ética y no sobre la educación, es decir, sobre una relación adecuada entre mi persona y los demás.

Pero el corazón del problema no es tanto la incapacidad de las reglas. La verdadera cuestión es que el individualismo está fundado sobre un gigantesco error: pensar que la felicidad equivale a la acumulación. En este aspecto, la modernidad demuestra de nuevo la falta de conocimiento de la naturaleza auténtica del hombre, de esa desproporción estructural de leopardiana memoria. Y esto hace que el individualismo, además de ser equivocado, resulte inútil para resolver el drama del hombre.

A esto haría falta añadir un engaño ulterior, proclamado por el poder dominante: que se puede ser feliz prescindiendo de los demás.

3. Para responder adecuadamente a nuestro problema, el punto de partida es la experiencia elemental, que cada uno de nosotros puede reconocer lealmente en sí mismo: «Cualquier hombre de buena voluntad, frente al dolor y a la necesidad, inmediatamente se pone manos a la obra, demuestra generosidad»¹.

Pero este sentimiento natural de generosidad no tiene posibilidad de mantenerse en el tiempo sin razones adecuadas: «La solidaridad es una característica instintiva de la naturaleza humana (en unos más que en otros), pero no hace historia, no crea obras; como mucho, se queda en una emoción o en la respuesta reactiva a una emoción. Y una emoción no construye»².

¿Cómo sostener esta experiencia elemental ante la necesidad? Don Giussani se hacía esta pregunta hace años, en una asamblea como ésta de hoy: «¿Cómo puede

1 Luigi Giussani, *El yo, el poder, las obras*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2001, p. 114.

2 *Ibidem*, p. 116

el hombre mantener vivo este “corazón” frente al cosmos y, sobre todo, frente a la sociedad? ¿Cómo puede mantenerse en la positividad y el optimismo (porque no se puede obrar sin optimismo)? La respuesta es que solo no puede, pero sí implicándose con otros. Estableciendo una amistad operativa (convivencia, compañía o movimiento): es decir, una asociación más copiosa de energías basada en el reconocimiento mutuo. Esta compañía será más consistente cuanto más permanente y estable sea el motivo por la que nace. Una amistad que nazca del interés económico dura lo que dure el juicio acerca de su utilidad. Por el contrario, una compañía, un movimiento que nazca de la intuición de que el objetivo de una empresa excede los términos de la empresa misma y que ésta es un intento de responder a otra cosa mucho más grande, en fin, un movimiento que nazca de la percepción de ese corazón que todos tenemos y que nos define como hombres, establece una “pertenencia”³.

Esta experiencia elemental muestra que el otro es percibido como un bien, hasta el punto que se pone en movimiento la solidaridad y llega a generarse un pueblo que responde a la necesidad. Por eso sentimos la necesidad de juntarnos para ser sostenidos en nuestro ímpetu inicial. Esta posición ha permitido a muchas personas mantenerse en pie, más que muchas proclamas vacías.

La pertenencia como ayuda a la experiencia elemental también es el método para corregir la reducción, continua e inevitable, de dicha experiencia elemental en la vida y en la acción. No somos ingenuos, optimistas ni utópicos al estilo de Rousseau. Conocemos bien nuestro límite, el pecado personal y social, y por eso —como dice don Giussani en el discurso de Assago de 1987⁴— la pertenencia a movimientos corrige continuamente, en quienes participan en ellos, este error, educándoles continuamente en la belleza, la verdad y la justicia. En vez de estado policial, educación en una pertenencia.

Pero en tiempos de crisis, ni siquiera la tensión ideal y la amistad operativa pueden resistir a la tentación del individualismo, si no encuentran una razón adecuada. Debemos tener siempre claro el equívoco en el que incurrimos demasiado a menudo: sustituir una amistad, nacida para sostener el camino del “yo”, con un proyecto de éxito hegemónico que pasa a través del poder político-social. Esto no es capaz de mantenerse ante las tormentas de la vida.

Por este motivo, la situación actual se transforma en una ocasión privilegiada para que madure la conciencia de por qué estamos juntos, para aclarar las razones, de modo que se pueda resistir a cualquier tsunami.

4. Sin una razón adecuada, no existe posibilidad de resistir y, por tanto, de construir algo que tenga una perspectiva de duración en el tiempo. Sólo algo que sea más consistente que cualquier eventualidad puede constituir un fundamento

3 *Ibidem*, pp. 86-87

4 *Ibidem*, pp. 151-156

adecuado para construir. ¿De qué se trata?

Para responder a esta pregunta, permítanme una confidencia personal. Cada año tengo que hablar con aquellos que, después de años de noviciado, piden la admisión definitiva en la asociación *Memores Domini*. En estas ocasiones, siempre me surge una pregunta: entre todos los aspectos particulares que constituyen la vida, ¿en qué debo fijarme para ayudarles a comprender si es razonable o no dar este paso tan decisivo en su vida? Como yo no sé la forma en que el Misterio les llevará al destino, qué situaciones o circunstancias les hará pasar el Señor, la única garantía que les permitirá afrontar cualquier eventualidad es que cada uno haya hecho una experiencia que, suceda lo que suceda, no pueda quitársela de encima. Una experiencia que pueda sostener toda la vida. Y me viene a la mente una frase de santo Tomás familiar para muchos de ustedes, que expresa sintéticamente la clave de la cuestión: «La vida del hombre consiste en el afecto que principalmente lo sostiene y en el que encuentra su mayor satisfacción»⁵. Solamente un afecto en el que uno haya encontrado la mayor satisfacción puede sostener toda la vida.

¿Puede existir un afecto así? ¿Existe un afecto que corresponda tanto a nuestra espera que pueda convertirse en un fundamento capaz de resistir en cualquier batalla? O, expresado con otras palabras más apropiadas para la ocasión de hoy: ¿existe un afecto que satisfaga más que cualquier individualismo?

Como el hombre es exigencia de totalidad, sólo algo que sea total puede corresponder a tal exigencia. Sólo ha habido en la historia un hombre que tuviera tal pretensión: Jesús de Nazaret, el Misterio hecho carne. Sólo uno que ha tenido la gracia de encontrar un don así, puede comprender cuál es esa satisfacción que permite sostener toda la vida. Así pues, sólo será posible resistir al individualismo si hemos recibido un bien inconmensurable como éste.

Éste es el realismo cristiano: «Porque si Dios no se hubiera hecho hombre, nadie podría plantear su vida con esta gratuidad, ninguno de nosotros se atrevería a mirar a su vida con esta generosidad»⁶.

Se comprende mejor el comienzo de la reciente encíclica del Papa: «La caridad en la verdad, de la que Jesucristo se ha hecho testigo con su vida terrenal y, sobre todo, con su muerte y resurrección, es la principal fuerza impulsora del auténtico desarrollo de cada persona y de toda la humanidad»⁷.

¿Por qué? Porque «*todo proviene de la caridad de Dios, todo adquiere forma por ella, y a ella tiende todo*. La caridad es el don más grande que Dios ha dado a los hombres, es su promesa y nuestra esperanza»⁸.

5 Santo Tomás, *Summa Theologiae*, II-II, q. 179, a. 1.

6 Luigi Giussani, *El yo, el poder, las obras*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2001, p. 122.

7 Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, 1.

8 *Ibidem*, 2

Esta caridad ilimitada de Dios para con nosotros, más satisfactoria que ninguna hipótesis de individualismo, nos hace a su vez sujetos de caridad: «Los hombres, destinatarios del amor de Dios, se convierten en sujetos de caridad, llamados a hacerse ellos mismos instrumentos de la gracia para difundir la caridad de Dios y para tejer redes de caridad»⁹.

De la sobreabundancia de la caridad, de la plenitud del amor del que hemos sido objeto, puede brotar la gratuidad. ¡No de una carencia, sino de una sobreabundancia!

«La verdad originaria del amor de Dios, que se nos ha dado gratuitamente, es lo que abre nuestra vida al don y hace posible esperar en un “desarrollo de todo el hombre y de todos los hombres”, en el tránsito “de condiciones menos humanas a condiciones más humanas”, que se obtiene venciendo las dificultades que inevitablemente se encuentran a lo largo del camino»¹⁰.

Sin esto no podremos seguir construyendo por mucho tiempo. Hace veinticinco años, Giussani le decía a un grupo de universitarios que «nosotros no podemos continuar siendo tan activos y producir lo que hemos producido en estos años feroces sin la comunión; pero la comunión, sin Cristo, no se mantiene en pie. La razón de la comunión es Cristo. Sólo el pensamiento de Cristo, sólo la relación con Cristo genera la condición por la cual puedo permanecer en la compañía sin sentirme alienado, es decir, el amor a mí mismo, el amor a los demás como reflejo del amor a mí mismo. Por eso digo que no se puede permanecer en el amor a sí mismos si Cristo no es una presencia, como es una presencia la madre para el niño [...]. Si Él no es presencia, si no ha vencido a la muerte, es decir, si no ha resucitado y, por tanto, si no es el dominador de la historia –por lo que el tiempo no es capaz de detenerle, el espacio y el tiempo no lo delimitan–, si no tiene en su mano la historia, si no es el Señor del tiempo y del espacio, si no es el Señor de la historia, si no es mío como lo fue de Juan hace dos mil años, si Tú no eres presencia real para mí, oh Cristo, yo vuelvo a ser nada. Por tanto, el cambio que necesito es el reconocimiento de Tu presencia, el reconocimiento continuo de Tu presencia. La conversión es como uno que va por la calle, como si yo estuviese andando lleno de buenos pensamientos sobre Él y en un cierto momento me diese la vuelta (*conversio*) y Le viese presente. Todo es distinto, el camino se convierte en algo distinto. La justicia es esta fe, y la fe es reconocimiento de esta Presencia. Cristo ha resucitado, es decir, Cristo es contemporáneo del tiempo, es contemporáneo de la historia. Ahora bien, éste es el cambio profundo que implica el sujeto nuevo, la criatura nueva: la fe en Cristo crucificado y resucitado, en donde el “crucificado” es la condición para ser resucitado. Por tanto yo no podré escandalizarme si la

9 *Ibidem*, 5

10 *Ibidem*, 8

condición para vivir la alegría que Él me ha prometido es la cruz, es más, esta será la demostración fascinante de que incluso el dolor, la cruz y la muerte se convierten en alegría. Como dice san Pablo, “estoy lleno de alegría, desborde de alegría en mi tribulación”: humanamente es algo inconcebible, es decir, es otro ser, es otro mundo que está presente y que debemos, desde nuestra pobreza, reconocer, reconocer cada vez con mayor fuerza, de forma que se vuelva cada vez más habitual, más familiar, para que nuestra presencia en el mundo sea cada vez más redentora, es decir, sea cada vez más humanizadora de nosotros mismos y de los demás»¹¹.

Dicho de otra forma, «para poderse amar a sí mismos, para poder obrar mucho, hace falta estar juntos; para poder estar juntos hace falta reconocer un amor a sí mismo que permita amar también a los demás, y por tanto que obre el cambio grande que es el amor a la gente y a uno mismo considerado como relación hacia el destino. Pero esto sólo es posible por una Presencia; no es posible si Cristo [...] no ha resucitado, es decir, si no es contemporáneo. Entonces, reconocer esta contemporaneidad, esta presencia en mi gesto, esta compañía en mi camino, es el primer y fundamental gesto de libertad que permite todos los demás, es más, que permite e incita todos los demás»¹².

Una experiencia así puede superar definitivamente el individualismo: el “nosotros” entra en la definición del “yo”.

Y por este motivo podemos, entonces, imitar a Dios. No porque seamos capaces, sino porque somos preferidos por Él: «En nuestros propósitos y proyectos nosotros tenemos en cuenta todo lo que hace falta para llevarlos a cabo de un modo realista. Pero, además de esto, debemos provocar o tratar de provocar, a imitación del Señor, una emoción que no entra en los cálculos para organizar las cosas, sino que nace y se dirige directamente al compañero, al hombre, en forma de amistad, gratuitamente. Esto es la caridad. Ayudar gratuitamente al vecino, a un hombre, a resolver y responder a la necesidad que tenga, sea del tipo que sea: desde la necesidad del pan a las necesidades del alma. Solventar o ayudar a solventar la necesidad por la que cualquier hombre llora y sufre. Tener presente esta caridad es algo que quienes nos rodean consideran una locura en el mundo de hoy. Dicen: “Sí, esto es idealismo”; lo que equivale, en su lenguaje, a decir: “Es una estupidez. Estás loco. ¡Es mejor que mires a lo que tienes que hacer! Deja esa sobreabundancia que puede alterar el resultado de tu actividad”. Si están aquí es porque, en su compromiso de trabajo, en su tarea organizativa, en la realidad que conocen y en su compañía han encontrado un motivo para actuar, más allá de lo que deben hacer o realizar, en una gratuidad que no puede calcularse y que no da lugar al cálculo. «Sólo Dios está más

11 Luigi Giussani, *Qui e ora 1984-1985*, BUR, Milán, 2009, pp. 76-78

12 *Ibidem*, pp. 82-83

allá de cualquier posibilidad de cálculo. Por eso su trabajo es, y debe tender a ser, imitación de Dios o, mejor dicho, imitación de Cristo»¹³.

Esta imitación de Dios no es algo que podamos hacer con nuestras energías. Existe la posibilidad de imitar a Dios porque Él mismo nos da esa caridad con la que podemos imitarle. Por eso, «la caridad es un factor que contesta y penetra en todos los demás factores; la caridad es lo más grande de todo. Engendra un pueblo que no puede nacer más que de algo gratuito. Los mejores cálculos no pueden hacer que brote el fenómeno más alto de la expresión humana, que es la realidad de un pueblo. [...] Entre nosotros ha nacido un pueblo por una gratuidad que imita, que trata de imitar la sobreabundancia y la gracia con las que Cristo vino y permanece entre nosotros. Lo que conviene más a la vida es, en efecto, la gratuidad, cuando penetra en las entrañas de nuestros cálculos»¹⁴.

Que la gratuidad penetre en las entrañas de nuestros cálculos debe estar siempre ante nosotros como ideal, como algo a lo que tender. Porque nosotros, siendo todos pecadores, no estamos en absoluto exentos de la decadencia de la gratuidad que se precipita en un puro cálculo, imaginándonos que seremos preservados sólo por pertenecer a una amistad como la nuestra. El riesgo, que no es sólo un riesgo, de enroscarnos en una defensa corporativa de lo que hacemos, que tal vez incluya un proyecto de hegemonía política, está siempre al acecho. Que la gratuidad sea la máxima conveniencia significa una carrera en la búsqueda del bien que pasa por el respeto de las leyes, pero que hace que esta gratuidad se convierta en afecto, en construcción para el bien común, en corrección sin reticencias frente a la caída continua.

Resulta más clara entonces nuestra auténtica finalidad: no crecer en tamaño y en poder, sino que las obras sean ejemplo de una diferencia humana que la gente percibe y que produce en ella un asombro, porque esta diferencia testimonia a Otro. Esta es la respuesta a la degeneración continua de la vida pública. Esta es la moralidad que necesita nuestro país.

Bernhard Scholz: Le agradezco de corazón a Julián Carrón por sus palabras claras, valientes y llenas de confianza, que ciertamente nos guiarán y nos acompañarán en nuestro camino. Pero sobre todo le agradezco por su testimonio y su paterna amistad.

La pregunta que queremos proponerle a Giorgio Vittadini parte de una evaluación del contexto económico y cultural que estamos atravesando. En la economía y en la política parecen dominar dos teorías contrapuestas: una quiere que el Estado controle los intereses privados con leyes y procedimientos, considerándolos peligrosos; la otra considera que los mercados, con sus mecanismos de libre

13 Luigi Giussani, *El yo, el poder, las obras*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2001 pp. 121-122.

14 *Ibidem*, p. 122

competencia, están en capacidad de limitar casi automáticamente los excesos de estos intereses. Sin embargo, en ambas teorías permanece en el fondo la sospecha de que la iniciativa de la persona no pueda ser en sí misma positiva.

Nosotros, por el contrario, hacemos experiencia de una relación positiva y constructiva entre las obras de los individuos y el bien de la sociedad.

¿Qué puede significar esta experiencia positiva en el marco de una reflexión realista sobre la economía y la política actuales?

Giorgio Vittadini

Presidente Fondazione per la Sussidiarietà

EL *HOMO HOMINI LUPUS* DE THOMAS HOBBS

Las teorías hoy dominantes leen la acción económica, social y política a partir de una antropología negativa. El estatismo imperante de hoy se basa sobre la desconfianza y la sospecha, es decir sobre una concepción negativa del hombre que mortifica sus potencialidades y la contribución positiva que el individuo puede dar al bien común, al progreso y a la lucha por la justicia. ¿Qué cosa acontece con Hobbes, y por lo tanto en toda la modernidad? El punto de partida de la concepción hobbesiana es la reducción de la naturaleza a impulso de autoconservación que determina todos los comportamientos del hombre, desde su profundidad.

Pero, entonces, en cuanto él está impulsado a conservar su propia existencia física y a expandir su propio poder sobre las cosas, el hombre es, en línea de principio, hostil a cualquier otro hombre: *homo homini lupus*. Pero si es así, sólo el cálculo racional de la ventaja y la seguridad puede inducir al hombre a imponerse el vínculo social, a imponerse las leyes. Hobbes dice una cosa simple, hasta banal, pero llena de consecuencias destructivas.

Dice que la sociedad no es una dimensión original, es decir, no está ligada a aquellas exigencias y evidencias de verdad, justicia y belleza que constituyen la naturaleza humana, sino que es el fruto de un contrato.

De esta idea negativa, se deriva también una concepción del hombre como desvinculado de toda pertenencia concreta. Según esta mentalidad, toda forma de organización social, movimiento y realidad organizada debe ser vista con sospecha. Deberían existir sólo el individuo y el Estado, y la relación entre los dos debería ser mediada solamente por algún dueño del poder mediático y algún intelectual iluminado que, como demiurgos entre la tierra y el cielo, indican a los ciudadanos, reducidos a títeres, cuáles son los comportamientos virtuosos.

El punto donde vemos mejor expresada esta concepción negativa del hombre es -además que en ciertos artículos- a propósito del sistema del *welfare* (instrucción, sanidad, asistencia, ...). Pensemos en un episodio fundamental de la historia de Italia,

el momento en el cual el Estado, bajo el gobierno de Crispi, al final del '800 afirma que la asistencia social no puede seguir siendo gestionada por la Iglesia, o por las asociaciones privadas, sino le compete por completo al Estado. Sólo el Estado puede asumir esta tarea y realizar el bien colectivo. Así, con esta excusa, el Estado se anexa todos los bienes eclesiásticos. Estas ideas están profundamente radicadas dentro de nosotros, de hecho razonamos siempre en términos de una contraposición entre Estado y privado, el primero organiza el bien común, el segundo organiza el egoísmo.

Según Pierpaolo Donati¹, el pensamiento de Hobbes hace que en el *welfare* moderno sea disminuida la importancia de las formaciones sociales intermedias, y sea limitado el pluralismo social como elemento constitutivo del *welfare*.

Continúa dominando la idea de que cualquier intervención del sector privado en la asistencia, la sanidad, la educación, el tiempo libre sea portadora de intereses particulares en contraste con el bien común, desconociendo el hecho de que existan ideales que hacen mover a las personas para el beneficio de la colectividad, como muestra la realidad, también histórica.

Del mismo modo es vista como una amenaza la iniciativa de aquellas administraciones que, para superar los límites de un *welfare state* ineficiente e ineficaz, e inspirándose en intervenciones características de la izquierda europea de tipo “blairista”, permiten que los ciudadanos escojan las erogaciones de servicios más capaces de responder a sus necesidades entre aquellos acreditados en base a su calidad. Este sistema, además de quitar poder a los ciudadanos, impide que los políticos puedan favorecer en un modo clientelista algunas realidades. Piensen en los sistemas de *vouchers* y de las dotes, a las acreditaciones en el campo de la formación profesional, a la libre escogencia en el campo de los servicios sanitarios: ¿por qué se evita verificar y medir cuánto estos métodos han aportado más eficacia, eficiencia y satisfacción al usuario?

LA “MANO INVISIBLE” DE ADAM SMITH

Aparentemente movida por una lógica opuesta, la imagen de sociedad típica del liberalismo de corte neoclásico está en realidad fundada sobre la misma antropología negativa. En la base de la imagen de sociedad típica de esta ideología hay una idea de individuo puramente egoísta que responde exclusivamente a motivaciones económicas, ya sea que realice una tarea asignada por un superior, ya sea construya una empresa por su cuenta.

1 Donati Pierpaolo. (2007). “Sussidiarietà e nuovo welfare: oltre la concezione hobbesiana del benessere”, en Vittadini G., (a cura di), *Che cosa è la sussidiarietà. Un altro nome della libertà*, Guerini e Associati, Milano, pp. 27-50.

Es la idea de la “mano invisible” que esta escuela de pensamiento económico ha asumido de Adam Smith, una mano invisible que guía los intereses privados individuales más allá de sus intenciones específicas, componiéndolos en una totalidad que se escapa de la mirada parcial del individuo. Es una cierta lectura ideológica, basada en una antropología negativa, aquella que transforma la “mano invisible”, que en Adam Smith es una metáfora utilizada para describir la constatación de un hecho (que las acciones del hombre tienen un alcance que a menudo, si no siempre, exceden las intenciones del individuo)², en un principio teórico para el que el puro interés individual es considerado suficiente para construir un orden económico colectivo, el bienestar común³.

Se desprende, también en este caso, una concepción de individuo y empresa desvinculada de cualquier pertenencia entendida como algo que distorsiona el mercado, en una “competencia darwiniana” destructiva entre empresas, según la expresión usada por el Cardenal Schönborn hace tres años en el Meeting de Rimini. Ha sido necesaria esta nueva crisis, después de aquella del ‘29, para socavar las raíces de esta utopía neoclásica estimada por tantos editorialistas de los periódicos de moda de todo el mundo -y también nuestros-, estimada por algunos premios Nobel, cuyos principios estaban en las bases de empresas que han fracasado, y estimada por ciertas escuelas económicas, que parece que no se han dado cuenta de haber arruinado la vida de millones de personas. Y todavía no hacen autocrítica.

LA EXPERIENCIA ELEMENTAL DE LUIGI GIUSSANI

¿Qué cosa oponemos a estas concepciones? La experiencia elemental es lo que puede fundar una antropología positiva. En la dicción de Luigi Giussani ésta indica la percepción inevitable de lo que el hombre busca en todas las cosas: «Se trata de un conjunto de exigencias y evidencias con las cuales el hombre es proyectado dentro de la comparación con todo lo que existe. La naturaleza lanza al hombre en la comparación universal, consigo mismo, con los otros, con las cosas, dotándolo -como instrumento para tal comparación- de un conjunto de evidencias y exigencias originales, tan originales que todo lo que el hombre dice o hace depende de ellas»⁴. En otras palabras, el punto de partida del hombre es positivo, el hombre no es movido antes que nada por impulsos negativos.

2 Cfr. Smith Adam, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, 1776. Ch.2, “Of Restraints upon the Importation from Foreign Countries”.

3 Su questo tipo di interpretazione, cfr. G. Kennedy (2009), *Adam Smith and the Invisible Hand: from Metaphor to Myth*, Economic Journal Watch, 6, 2, pp. 239-263.

4 Giussani, Luigi. (2003). *Il senso religioso*, Rizzoli, Milano, pp. 8-9.

Es una concepción del hombre movido por un impulso positivo en sí mismo y hacia los otros hombres, la que es también documentada en la encíclica *Caritas in Veritate* que habla del hombre como ser social a imagen de la Trinidad: «El desarrollo de los pueblos depende sobre todo del reconocimiento del ser en una sola familia, que colabora en una verdadera comunión y es constituida por sujetos que no viven simplemente el uno al lado del otro [...] La criatura humana, en cuanto de naturaleza espiritual, se realiza en las relaciones interpersonales. Mientras más las vive en modo auténtico, más madura también la propia identidad personal» (N. 53).

Y todavía, « [...] Esta perspectiva encuentra una iluminación decisiva en la relación entre las Personas de la Trinidad en la única Sustancia divina. La Trinidad es una absoluta unidad, en cuanto que las tres divinas Personas son relacionalidad pura» (N. 54).

Del resto, también en un pasaje olvidado del propio Smith se lee que el hombre, aunque a menudo puede moverse con una mirada parcial, sin embargo, está constituido por algo más grande, tiene dentro de sí el principio del compartir y del encuentro.

Aquello que Smith llama simpatía (aunque no sabe decir claramente de dónde deriva): «Por cuanto el hombre pueda ser considerado egoísta, existen evidentemente algunos principios en su naturaleza que lo inducen a interesarse por la suerte de los demás y le hacen necesaria la felicidad de los otros, aunque él no reciba nada por eso, excepto el placer de constatarla.

De este tipo es la piedad o compasión, la emoción que sentimos por las miserias de los otros cuando las vemos o somos llevados a concebirlas en un modo muy vivo. Que nosotros a menudo nos sentimos mal por el mal de otros es un dato demasiado obvio para pedir ejemplificaciones que lo prueben, ya que este sentimiento, como todas las otras pasiones originarias de la naturaleza humana, no es una prerrogativa exclusiva de quien es benévolo o virtuoso, aunque, quizás, estos puedan sentirlo con más agudeza.

Ni el peor delincuente, o el mayor trasgresor de las leyes de la sociedad, está del todo privado de él⁵. El carnicero o el panadero y el comprador pueden intercambiarse dinero y bienes con interés recíproco, sin hacerse violencia, en virtud de algo que “está antes”, en su propia naturaleza, y que una larga historia, secular, de educación y cultura, ha traducido en comportamientos e instituciones.

La indicación de la experiencia elemental es también la única respuesta practicable, efectiva, a una concepción relativista-multiculturalista de la relación entre hombres y culturas. Giussani se pregunta: ¿por qué «hombres de todos los

5 Smith, Adam. *The Theory of the Moral Sentiments*, 1759, printed for A. Millar in London and a. Kinkair and J. Bell in Edinburgh; tr. it. *Teoria dei Sentimenti morali*, Rizzoli, Milano 1995, capitolo 1 - “Della simpatia”.

tiempos, de todas las razas, lo enfrentan todo, al punto que pueden vivir entre ellos un comercio de ideas además que de cosas, y pueden transmitirse los unos a los otros riquezas incluso a distancia de siglos»? Respuesta: «porque esta experiencia elemental es sustancialmente igual en todos, aún si luego será determinada, traducida, realizada en modos muy distintos y aparentemente hasta opuestos»⁶.

EL VALOR DE LOS MOVIMIENTOS

Aquella de la que estamos hablando no es una visión utópicamente “optimista”. Nosotros sabemos que la experiencia del sentido religioso es continuamente traicionada por el hombre, que existencialmente no logra sostener esta tensión constitutiva de su naturaleza. Esta traición es favorecida en la situación del mundo contemporáneo, donde la mentalidad dominante tiende a reducir sistemáticamente los deseos del hombre, intentando gobernarlos, reducirlos, hasta crear, como afirma Giussani «la desorientación de los jóvenes y el cinismo de los adultos»⁷.

Pero no puede ser un Estado Hobbesiano quien lo cure. Es nuevamente el dinamismo del sentido religioso y del deseo quien responde a esta inevitable caída, porque empuja a ponerse juntos entorno a criterios ideales: «Es imposible que la partida desde el sentido religioso no empuje a los hombres a juntarse. Y no en la provisionalidad de una ventaja, sino sustancialmente; a juntarse en la sociedad según una entereza y libertad sorprendentes (la Iglesia es el caso más ejemplar de esto), así que el surgimiento de movimientos es un signo de vitalidad, de responsabilidad y de cultura, que vuelven dinámico todo el orden social»⁸.

Los cuerpos sociales, las comunidades intermedias no son lugares idílicos, “puros”, donde no exista más la reducción del deseo, el error, el egoísmo denunciado por Hobbes. Son más bien realidades donde una continua educación al descubrimiento de las propias exigencias estructurales ayuda a las personas, en un modo dramático y nunca acabado, a crecer, a tomar conciencia de sí y de la realidad, a educar el propio deseo defendiéndolo de las reducciones propias y del poder.

La conciliación entre intereses individuales y bien común no acontece en un modo coercitivo y represivo, como en el esquema hobbesiano, sino en una continua educación a la experiencia de la correspondencia entre corazón y realidad, que representa la verdadera satisfacción, conveniencia y libertad del hombre, también en términos operativos, porque, como dice todavía Giussani: «Los movimientos no logran mantenerse en lo abstracto, sino que tienden a mostrar su verdad a través del afrontar las necesidades en las cuales se encarnan los deseos, imaginando y

6 Giussani, Luigi. (2003). *Il senso religioso*, op cit., p. 13.

7 Giussani, Luigi. (2000). *L'io, il potere, le opere. Contributi da un'esperienza*, Marietti, Genova, p.168.

8 Giussani, Luigi. (2000). op cit., p. 168.

creando estructuras operativas capilares que llamamos “obras”, “formas de vida nueva para el hombre”, como dijo Juan Pablo II en el Meeting de Rimini en 1982, relanzando la Doctrina Social de la Iglesia. Las obras constituyen un verdadero aporte a una novedad del tejido y del rostro social»⁹.

El principio de subsidiariedad, propio de la Doctrina Social de la Iglesia, tiene que ver con este planteamiento antropológico. Las personas son, en su “movimiento” último, deseo irreductible de bien; siendo por naturaleza seres relacionales se ponen juntos en movimientos y realidades asociativas determinados por criterios ideales que los sostienen en este camino y los estimulan a construir obras en respuesta a las necesidades de los hombres; el Estado es concebido al servicio de estas realidades y por lo tanto de las personas.

Por eso en nuestro lema se dice que *la subsidiariedad es el otro nombre de la libertad*. Esta es una idea revolucionaria, no sólo bajo el perfil antropológico, sino también bajo el perfil social. Es aquello que el Papa dice en la encíclica *Caritas in veritate*: «Junto al bien individual, hay un bien relacionado con el vivir social de las personas: el bien común. Es el bien de ese “todos nosotros”, formado por individuos, familias y grupos intermedios que se unen en comunidad social.

No es un bien que se busca por sí mismo, sino para las personas que forman parte de la comunidad social, y que sólo en ella pueden conseguir su bien realmente y de modo más eficaz» (N. 7).

UNA NUEVA RELACIÓN ENTRE REALIDADES SOCIALES Y ESTADO: LA CONFIRMACIÓN DE KENNETH ARROW Y LESTER SALAMON

Dos grandes estudiosos nos muestran como esta concepción se casa con las teorías más modernas y comprensivas de la sociedad y del estado.

El premio Nobel Kenneth Arrow, en un texto clásico de la economía contemporánea sobre el nexo entre utilidades individuales y bienestar colectivo, revoluciona el paradigma hobbesiano. Arrow busca delinear las reglas racionales de las cuales derivan las preferencias individuales y sus posibles nexos con las escogencias colectivas.

¿Qué determina la manifestación de ordenamientos virtuosos en las preferencias individuales? Arrow dice: «El ordenamiento pertinente para el logro de un máximo social es aquel basado sobre valores, que reflejan todos los deseos de los individuos, comprendidos los importantes deseos socializantes»¹⁰.

En contra de las utopías neoclásicas y los paradigmas hobbesianos, su contribución llega a conclusiones análogas a las que llega Don Giussani, en otro

9 Giussani, Luigi (2000), op cit., pp. 168-169.

10 Arrow, K. J. (2003), *Scelte sociali e valori individuali*, ETAS, Milano, p. 21.

contexto y siguiendo otros métodos. Ambos identifican en el “deseo socializante” el corazón de acciones políticas y económicas que se muevan hacia la democracia y un mercado no dominado por convenciones impuestas que lo sofoquen. Tales deseos son el instrumento para generar agregaciones donde los individuos, por un consenso ideal y no por coerción, se unen en la búsqueda de un bien común que satisfaga a cada uno y construyan iniciativas económicas que concilien utilidad individual y bienestar colectivo.

En un reciente congreso internacional que hemos organizado sobre el “Caso Oliver Twist”, Lester Salamon, profesor de la Johns Hopkins University, uno de los más grandes expertos mundiales en el no profit, ha afirmado: «Hay dos impulsos aparentemente en contradicción uno con el otro: por un lado el empeño arraigado hacia la libertad y la iniciativa individual y de otra parte el concepto, igualmente fundamental, que todos nosotros vivimos en una comunidad y tenemos la responsabilidad de ir más allá de nosotros mismos y trabajar por el bien de nuestros semejantes. Aquello que hay de especial y único en los sujetos que forman parte del Tercer Sector, es que combinan estos dos impulsos, produciendo así una serie de instituciones sociales que se dedican a la movilización de la iniciativa privada para el bien común».

Esto lleva en el plano político a la superación de la contraposición entre público y privado movido por criterios ideales. Según la visión del mundo neo-liberal existen sólo dos modelos de base del *welfare*: uno donde domina la intervención estatal y donde viene reducido el rol de las realidades no profit, de la sociedad civil, de movimientos y asociaciones; el otro modelo, alternativo, donde es reducida al mínimo la intervención del Estado a favor de éstas realidades.

Esta contraposición Estado-privado, que lamentablemente todavía domina en el mundo político de derecha y de izquierda y en muchos comentaristas, periodistas y estudiosos, no describe la realidad de los hechos.

En efecto, las investigaciones empíricas de Salamon sobre el Tercer Sector en los Estados Unidos han mostrado que el crecimiento del *welfare state* durante el *New Deal* de los años '30 y la *Great Society* de los años 60, no ha disminuido en absoluto al Tercer Sector, por el contrario, en los años '60 se ha tenido un crecimiento de las realidades no profit como nunca en la historia estadounidense. Y la misma cosa ha sucedido en los *welfare state* europeos (Alemania, Países Bajos, Bélgica, Irlanda), donde se han creado alianzas entre lo público y lo privado social.

Concluía Salamon en el congreso citado: «Podemos entonces mezclar gobierno, mundo de las empresas profit y non profit en miles de modos y en nuevos modos eficaces».

¿Por qué quien afirma esto en Italia pasa por utopista o propulsor de sistemas clientelares? ¿Por qué en ciertas publicaciones, en cierta academia y en cierta

política debe dominar un mediocre y presuntuoso provincialismo que se nutre de ignorancia culpable de lo que de mejor y nuevo existe en el mundo?

UNA NUEVA CONCEPCIÓN DE EMPRESA

Si esto es válido para el mudo del *welfare*, la concepción de hombre de la cual hemos hablado está también al origen de otra concepción de empresa más realísticamente atenta al bien común.

Cuanto he dicho sobre el deseo de verdad, de belleza y de justicia que está en el corazón del hombre es el verdadero punto del cual nace una idea de empresa moderna: la producción nace de la observación de la realidad y de la capacidad de transformarla, a través de un ingenio creativo, imaginando la utilidad para sí mismo y para quien recibirá el fruto de esta iniciativa. Es el concepto de valor de uso que está en el origen del valor de intercambio.

No es eliminada la referencia a la ganancia, sino que la ganancia es una medida de la actividad económica, no el único fin.

De otra forma, ¿por qué uno no debería vivir de la renta (admitiendo que se encuentre un fondo que sea seguro...)?

De esto deriva el hecho de que el origen de la creación de valor en la empresa es la persona, no el recurso humano, que subraya un aspecto parcial, el del rendimiento.

El hombre no es “un recurso”, un hombre es un hombre. François Michelin, cuando intervino en el Meeting de Rimini, nos corrigió sobre esto: el hombre hay que llamarlo “persona”, no “recurso humano”, es decir hay que considerarlo en su integralidad.

Esto es lo opuesto a ciertos esquemas de formación empresarial que catalogan pertenencia e ideales como enemigos de la empresa. Tener una familia, unos nexos, unas relaciones, unos valores, es un bien para la empresa, también si pertenecen a algo diferente de la empresa. Es lo opuesto de la lucha de clases sobre todo aplicada a la pequeña y mediana empresa: como ha demostrado un reciente Informe de la *Fondazione per la Sussidiarietà*, “Subsidiariedad y pequeñas y medianas empresas”¹¹, existe un interés del pequeño y mediano empresario a aliarse con el trabajador, a crear puestos de trabajo y volver la empresa, aún a sus propias expensas, un lugar donde los trabajadores estén bien.

Como nos enseña Bernhard en sus cursos de la Escuela de Empresa, ¿cuál es la genialidad del jefe de una empresa? Encontrar los puntos de fortaleza de sus

11 Cfr. Rapporto sulla sussidiarietà 2008, *Sussidiarietà e... piccola e media impresa*, a cura di Fondazione per la Sussidiarietà, Mondadori Università, Milano, 2009.

colaboradores. Eso implica también la idea de una formación permanente que es crucial para la empresa moderna.

De allí nace una idea distinta de competencia: del informe citado emerge que prevalece sobre la “competencia darwiniana” de tipo neoclásico, una tendencia a compartir con los competidores el empeño en la investigación, en el desarrollo, en las estrategias para mejorar la competitividad y la internacionalización.

REPLICABILIDAD: EL VALOR DEL SUJETO

Esta aproximación es lo único que permite una verdadera replicabilidad de las experiencias virtuosas en la sociedad.

En la tesis doctoral en la cual Ilaria Schnyder analiza algunos de los proyectos de AVSI se dice, a propósito de la reproducibilidad: “Si con eso se entiende la definición de metodologías o técnicas de intervención utilizables en otros contextos o situaciones en modo mecánico prescindiendo de las personas llamadas a usarlas, es evidente que, por lo que ha emergido hasta el momento, la experiencia de las intervenciones en Novos Alagados/Ribeira Azul no es mecánicamente replicable.

Por otro lado, justamente el análisis de esta experiencia hace nacer la pregunta de si puede verdaderamente existir una experiencia de desarrollo independiente de las personas implicadas. Se debe por tanto repensar al concepto mismo de reproducibilidad en términos no mecánicos, sino humanos, o sea en el cual nuevas personas se involucren con estas experiencias positivas en primera persona, reproponiéndolas en otros lugares.

Esto evidentemente va en una dirección completamente distinta de la visión prevalente que privilegia el mecanicismo, la rapidez y la neutralidad de los operadores”¹².

Es el sujeto humano, finalmente reconciliado consigo mismo, portador de un deseo no reducido, en relación positiva con otros hombres en experiencias asociativas y de movimientos que lo educan y lo corrigen continuamente respecto a sus inevitables errores, que replica experiencias virtuosas, en el mundo de la empresa y en el *welfare*, por su propio bien y el bien común.

Esta es la experiencia que está en la raíz de la Compañía de las Obras, con buena paz de todos. Espero que otros la imiten, mientras nosotros continuaremos a seguirla.

12 Ilaria, Schnyder von Wartensee, *Dalle politiche alle dinamiche di sviluppo: l'importanza dei soggetti*, Università Bocconi, Dottorato di ricerca in Diritto internazionale dell'economia, 2009. Tutor: Prof. Alberto Brugnoli.

Bernhard Scholz: Le agradezco a Giorgio Vittadini por sus reflexiones que parten, como siempre, de una lectura apasionada de la realidad, que se contraponen valientemente a posibles acercamientos ideológicos o reductivos e indican otros caminos para realizar un nexo más consistente entre nuestras iniciativas y el bien común. Considero que una comparación científica, como Giorgio Vittadini nos ha propuesto, es decisiva para conocer la dignidad cultural de nuestro empeño.

Conclusiones

Bernhard Scholz

Presidente de la Compañía de las Obras

Me permito proponerles unas observaciones que considero importantes para nuestra vida asociativa.

UNA RESPONSABILIDAD QUE NACE DE UN DON

Después de estas dos intervenciones queda aún más evidente que el bien de la sociedad no puede surgir de un automatismo o mecanismo social o económico, no puede ser programado científicamente y no puede estar organizado a través de programas de gobierno.

Todo depende de la persona, todo nace de la persona, de su cultura y por lo tanto de su educación. Que nuestras obras sean un bien para todos depende de nosotros, de cada uno de nosotros y de su disponibilidad para aprender, para observar, para acoger las oportunidades que se le presentan, depende de su responsabilidad personal. Sin que las personas asuman libremente su responsabilidad personal, el bien común o queda como una intención piadosa o amenaza en convertirse en una violenta ideología. Hay muchos pasajes en la Encíclica “Caritas in veritate” que subrayan este punto, donde se habla explícitamente de “todas las personas” y de “todos”.

“Todos” quiere decir “cada uno”. No se trata por lo tanto sólo del trabajo productivo o recompensado: cada empeño, cada gesto construye. En la experiencia cristiana también la inmovilidad sobre la cama de un hospital puede ser ofrecida como contribución para el bien del mundo. Porque, como ha dicho Julián Carrón, ante todo es una cuestión del corazón, que luego se expresa según las circunstancias que se han de afrontar. Algunas contribuciones son en cierto modo cuantificables y otras no, aunque a menudo sean las más importantes, como por ejemplo, la educación.

La fidelidad a uno mismo, al deseo inscrito en el propio corazón, no es algo que se pueda dar por descontado. Mi responder cotidianamente con los criterios verdaderos

a los desafíos de la vida personal y profesional está sometido continuamente a riesgos que pueden ponerme a dura prueba. Por eso, nuestra amistad es ya de por sí un continuo sostén a esta fidelidad y por lo tanto a la responsabilidad, sobre todo en los momentos difíciles donde todo conspira hacia una reactividad, que al final no es sino una forma de esclavitud o de rebelión.

La fuerte tempestad que estamos atravesando nació precisamente de la traición a este deseo, como ha recordado Giorgio Vittadini; porque la maximización de las ganancias en el menor tiempo posible, como único y exclusivo objetivo de la vida económica, no corresponde a este deseo, sino a una forma reducida y parcial de él y, como la propia crisis ha puesto de manifiesto, tampoco a la naturaleza de una empresa y de la economía misma.

Pero entonces, ¿qué se entiende por “bien para todos”?

Un “bien para todos” significa un bien para los jóvenes que inician con nosotros su vida laboral. Tenemos la posibilidad de acoger a los jóvenes dentro de nuestras empresas, de sostenerlos en el crecimiento profesional, de introducirles en una creciente responsabilidad de modo que también ellos puedan hacer la experiencia de una positividad verdadera y duradera a través del trabajo, de conocerse mejor a sí mismos y al mundo, de vivir su vocación humana con mayor intensidad. El trabajo dentro de una obra es una oportunidad privilegiada para hacer experiencia del nexo intrínseco entre libertad y responsabilidad.

Un “bien para todos” significa un bien para todas las personas que trabajan con nosotros y a nuestro alrededor. Que la posibilidad de trabajar y de hacer una experiencia positiva de sí mismo no sea obvio, es un hecho que ha emergido dolorosamente en estos meses. Y el valor de una obra se demuestra también por su capacidad de ofrecer trabajo. Por esta razón, la conducción de una obra en el mediano y largo plazo es esencial, sea en relación con la dinámica original de la empresa, sea por la posibilidad de ofrecer trabajo. Y éste es uno de los puntos clave donde se evidencia si la ganancia es considerada un objetivo o un instrumento.

Un “bien para todos” significa un bien para nosotros mismos. Es exactamente a través de la creación y de la conducción de una obra que llegamos a conocernos a nosotros mismos, nuestros talentos y nuestras limitaciones, y hacemos experiencia del “trabajar juntos” con todos los desafíos personales inherentes a esta colaboración. A través del instrumento de la profesionalidad y el esfuerzo que ella implica, es posible hacer experiencia de un enriquecimiento personal, donde nuestra humanidad se abre de par en par.

Llegados a este punto, se vuelve comprensible que la gratuidad sea una “exigencia de razón económica”, como se dice en la Encíclica *Caritas in Veritate*: el cuidado de las relaciones, la atención a los jóvenes, la búsqueda de la belleza, la ayuda a quién necesita, son todos compromisos personales, no estipulados en contratos, pero esenciales para que las empresas y las relaciones entre empresas puedan funcionar.

Estos y otros muchos factores -de los que seguramente nos volveremos más conscientes en los próximos meses- demuestran que la “responsabilidad social”, de la que tanto se habla, es algo intrínseco a la obra, no es actividad añadida. Si una empresa hace beneficencia o sustenta sistemáticamente iniciativas solidarias o se compromete en la protección del medio ambiente, se habla, justamente, en un modo más específico, de responsabilidad social y de sostenibilidad. Pero cada empresa, por el mero hecho de que existe, ya asume una responsabilidad social. Cada empresa se inserta en una realidad territorial e incide sobre la vida de las personas que en ella trabajan y sobre la vida de las personas que habitan en ese territorio.

Todo esto depende de la conciencia que tengamos de nosotros mismos y de la concepción que tenemos de nuestra obra. Después de las palabras escuchadas es evidente que nuestra obra será más “nuestra”, cuanto más la consideramos un bien confiado, dado a nosotros y a quienes trabajan con nosotros para crear bienes y servicios. Igual que se nos ha donado la vida y nuestras capacidades, así nos fueron donadas las oportunidades de crear y de mantener nuestras obras.

La responsabilidad normalmente es propuesta en una concepción “ética”, como un deber impuesto. De hecho, todos estos propósitos éticos corren el riesgo antes o después de fracasar frente a las fatigas y a las tentaciones. Las palabras de Julián Carrón, en cambio, han demostrado que existe una responsabilidad que nace de una sobreabundancia, que se pone en juego por un don recibido y reconocido.

Me parece importante ir al origen de nuestro trabajo y de nuestras obras, para comprender que somos tanto más capaces de generar cuanto más nos dejamos generar, y que somos tanto más capaces de conducir una obra o de trabajar en ella cuanto más la reconocemos como un don que nos ha sido confiado.

DIÁLOGO Y PLURALISMO

Hay otra contribución importante al bien común que nace de nuestras obras y que emerge de la experiencia misma de nuestra amistad operativa.

La Compañía de las Obras nace de una amistad que tiene, como todas las amistades verdaderas, el objetivo de que cada uno pueda volverse cada vez más él mismo, respondiendo con sus talentos, sus capacidades y su temperamento a los desafíos y a las oportunidades que se presentan para que pueda vivir su vocación dentro y a través de su trabajo.

Esto es lo que nosotros entendemos por responsabilidad y queremos que esta responsabilidad personal crezca y madure como expresión de uno mismo. Por esto estamos juntos.

Pero nuestra amistad no quiere quedar como exclusiva o cerrada en sí misma. Los numerosos encuentros públicos que hemos realizado durante los últimos 12

meses han demostrado que es posible establecer un diálogo útil para comparar experiencias, enriquecer conocimientos, crear confianza y dar fortaleza.

Hacemos todo para que crezca una economía y una vida social donde lo que es válido económica y empresarialmente lo sea también para la persona, y lo que es válido para la persona también sea válido empresarial y económicamente. Este intento, a menudo implícito en nuestro modo de decidir, llega a través del testimonio público a una conciencia más explícita, se vuelve más incisivo, y es juzgado, sostenido y corregido con mayor claridad.

Si es cierto que el bien común es creado por las personas, por sus iniciativas y obras, entonces hace falta un pluralismo que permita a las diferentes formas de agregación y colaboración expresar su identidad y por tanto también una diversidad.

Pero, lamentablemente, nos encontramos en una situación en la que a menudo la palabra “pluralismo” se entiende como “relativismo”, como aplanamiento de las diversidades, de las experiencias caracterizadas por una clara y reconocible identidad humana y social.

Nosotros queremos y defendemos un pluralismo que reconozca su mismo origen que es el respeto de la pluralidad de las experiencias y diálogo entre ellas. Queremos una sociedad plural, en la que el diálogo y la comparación estén basadas en la razón y guiados por una tensión ideal, capaz de evaluar las diferentes propuestas por su razonabilidad.

En medio de tantos debates públicos ásperos, indignos, inútiles y a veces también dañinos, proponemos a través de nuestros encuentros públicos, un diálogo abierto con todos, porque estamos convencidos de que la razón, por su propia naturaleza, está deseosa de conocer lo que es verdadero, lo que es bello y lo que es útil para que el hombre pueda volverse más hombre.

Ante una sospecha permanente, un enfoque encarnizado sobre errores, faltas y límites -reales o inventados-, frente a este cinismo que lleva en sí resentimiento y odio, consideramos decisiva la propuesta de experiencias positivas y ejemplos virtuosos.

Sin el reconocimiento de una pluralidad y un diálogo basado sobre la razón no es posible construir un bien común. El Meeting de Rimini es ciertamente un ejemplo, a nivel internacional, de la posibilidad de promover un diálogo para el bien de todos.

EL DIÁLOGO CON LA POLÍTICA

Esta confianza en la positividad de la iniciativa y de la creatividad de la persona es la razón por la que sostenemos la subsidiariedad como principio fundamental de una sociedad civil. El bien común es generado ante todo por el conjunto de las

diferentes iniciativas en el seno de la sociedad y tiene que ser tutelado y sostenido por la política y por las administraciones públicas.

Pero, antes que nada, no debe ser obstaculizado: solicitamos por lo tanto, que la Administración Pública pague en plazos razonables a sus proveedores y entidades privadas que trabajan para el sector público, que elimine los engorrosos trámites burocráticos (lo cual no costaría nada y sería de gran ayuda) y que disminuya en la medida de lo posible la presión fiscal a familias y empresas. Se perciben las primeras señales en esta dirección, pero todavía son demasiado débiles. Hay que fortalecerlas.

Señales fuertes son por el contrario la introducción del federalismo fiscal -paso decisivo y esencial para nuestro país- y la introducción del “cinco por mil”, que es un instrumento eficaz y además tiene un valor simbólico en cuanto por vez primera los ciudadanos pueden decidir el destino de sus impuestos.

Recordamos que cualquier tipo de centralismo o de asistencialismo debilita la sociedad, las iniciativas y la responsabilidad de las personas.

Un tema fundamental en el diálogo con la política sigue siendo la educación. Si es cierto que la vida social se basa en la cultura y la cultura a su vez en la educación, entonces es evidente el valor también social de la escuela y de las obras educativas. Insistimos en la autonomía de cada centro escolar para diseñar su propio recorrido educativo, dando a las familias la oportunidad de elegir aquellas escuelas que consideren más apropiadas para sus hijos, en una verdadera igualdad, sin que esto se convierta en una carga económica adicional, hecho que ya sucede en la gran mayoría de los países europeos.

Y si alguien no quiere compararse con el valor cultural de este enfoque también puede analizarlo desde el punto de vista matemático: los centros educativos no estatales tienen un costo por estudiante significativamente más bajo que los del estado (utilizo el término “costo” por razones de terminología técnica, aunque realmente se trata de la inversión más importante que pueden hacer una sociedad y un Estado).

Hemos publicado un documento sobre el futuro de las escuelas en Italia en el cual se encuentran consideraciones que valen para el resto de los países en los que estamos presentes: Cualquier sistema educativo que quiera colocarse al servicio de una verdadera educación debe responder a las preguntas de los jóvenes que “piden recibir de la escuela no sólo conocimientos, sino también y sobre todo, directrices, enseñanzas fundamentales, criterios para interpretar la existencia y el delicado paso al mercado laboral”.

Por esta razón, realizaremos muchos encuentros públicos sobre este documento en los próximos meses. Y me parece justo que en este debate emerja también el compromiso ejemplar de tantos docentes que viven una pasión educativa verdadera y convincente en las escuelas del estado y en aquellas no estatales.

AYUDA A QUIEN BUSCA TRABAJO

Si subrayamos el valor del trabajo, también queremos insistir en el hecho de que hay que ayudar a quienes buscan trabajo. Como ustedes saben, existen entre nosotros numerosas iniciativas y obras, tanto en forma de voluntariado como de manera profesional, dirigidas a ayudar a quienes buscan trabajo. Nosotros intentamos volver cada vez más eficaces los instrumentos que tenemos y crear mayores sinergias entre ellos.

Es importante que nadie que ha perdido su trabajo se quede solo, sino que encuentre alguien que le acompañe y sostenga. He encontrado en estos meses personas que, mientras trabajan para encontrar un trabajo (porque eso también es un trabajo) trabajaban gratuitamente algunas horas al día, manteniéndose de esta manera activos y comprometidos, evitando el riesgo de caer en la desesperación.

Estamos preparando un material informativo que documenta las diferentes modalidades de contratación existentes, para que las empresas puedan elegir las más apropiadas a su situación.

Seguimos informando a las empresas sobre las medidas del Estado en lo concerniente a la inserción laboral y al uso de los componentes sociales.

EL MATCHING

Mañana se abrirá la quinta edición del Matching.

El Matching nace de nuestra amistad operativa, del deseo de ampliar nuestra red incluso en el plano internacional, de volverla más funcional a nuestras necesidades y mejorar nuestra operatividad.

Quien empezó el Matching se asumió también las responsabilidades y sus riesgos. No había seguridad de que fuera a funcionar. Y aún hoy lo miramos con cierto estupor; el año pasado, cuando la crisis empezaba a ser percibida, y también este año en que la crisis pesa sobre las espaldas de cada uno, las empresas no se echan atrás, sino que afrontan la situación con confianza y fuerza. El Matching se ha convertido en una herramienta importante para responder a los retos asumiéndose su propia responsabilidad.

El valor de este gran encuentro, que se explicita en 40.000 reuniones individuales, es la capacidad de crear, mantener y valorizar las relaciones, incluyendo las relaciones entre empresas profit y entidades no profit, un hecho bastante excepcional en el panorama socio-económico.

Hace parte del Matching también el compartir conocimientos y habilidades tantas veces invocado pero raramente realizado. Creamos la oportunidad para que esto pueda ocurrir a través de quince seminarios y cincuenta workshop y los encuentros entre los participantes porque, incluso cuando un encuentro no conduzca a la firma de un contrato, siempre lleva una información que mañana puede convertirse en conocimiento útil.

El Matching coloca al centro la innovación, pero es ya en sí mismo una innovación, y no habla en abstracto de la internacionalización sino que propone encuentros entre los participantes de cuarenta y tres países.

UN ÚLTIMO DESEO

La Compañía de las Obras es un gran intento de realizar una socialidad al servicio de la libertad de cada uno y para el bien de todos. Como todo intento es una “aproximación”, pero esto no significa “relativo”, sino más bien quiere decir “siempre más cercano”.

Cada momento de este intento se caracteriza por una tensión ideal que lo hace verdadero, auténtico y constructivo. En esta dinámica todo es útil, si no se queda en un análisis, sino que guiado por un criterio ideal se vuelve un juicio. El juicio abre siempre a un cambio, a una mejora, al descubrimiento de algo nuevo.

Para hacer madurar esta socialidad es ciertamente importante luchar contra la lógica de grupo y las lógicas de poder, pero sin duda es más importante aún alimentar día tras día el gusto por la libertad en nosotros, en las personas que nos han sido confiadas y en todas las personas que Dios nos hace encontrar en nuestro camino.

Les agradezco por su presencia, porque es el testimonio de una implicación personal en este camino de la libertad.

¡Gracias a todos y buen trabajo!

Impreso en Caracas, Venezuela, febrero de 2010
Compañía de las Obras